

Santiago CASTELLANOS
(Universidad de León)

Referentum sermo non editit.
El final del Imperio romano
desde el extremo occidental.¹

En una entrada de su crónica fechable entre 434 y 435, un cronista romano quiso anotar una curiosa historia que resulta útil para ilustrar algunas ideas que pretendo explicar en este foro sobre las relaciones entre el mundo romano Oriental y el Occidental.

“El relato referido no aclarará nada”. *Referentum sermo non editit*. La decepción que encierran estas palabras, a la sazón las últimas de la entrada, son evidentes. El *sermo* al que se refiere el cronista no es otra cosa que las informaciones que unos viajeros procedentes de Oriente, de la *Pars Orientis* del imperio romano, le habían hecho llegar en persona. Teniendo en cuenta que el cronista se llamaba Hidacio, que era obispo en la provincia romana de *Gallaecia*, justo en el otro extremo del mundo romano, la historia aumenta nuestra curiosidad. “Supe que Juvenal era obispo de Jerusalén gracias al relato de Germanus, un presbítero de la región de Arabia, que viajaba desde allí hasta *Gallaecia*, y del de algunos griegos [*et aliquorum Grecorum relatione*, en el sentido amplio de orientales]”. La *relatio* a la que se refiere Hidacio en ablativo rige a los genitivos que se refieren tanto a los orientales o *Graeci* (*aliquorum Grecorum*), como al presbítero Germán de Arabia (*Germani presbiteri Arabicae regionis*). La entrada de Hidacio se recrea en detalles de la información que aquellos mismos visitantes procedentes de Oriente habían proporcionado. Es aquí, en tales detalles, donde el cronista entra de lleno en el manejo de datos confusos. Según él, los viajeros le habían contado que Juvenal de Jerusalén había participado, junto con otros prelados de Palestina y del resto de Oriente, en un concilio de

¹ Este trabajo se ha desarrollado dentro del proyecto HAR2013-47889-C3-3-P, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España

obispos reunido en Constantinopla por el emperador Teodosio con la idea de liquidar la herejía ebionita, *ad destruendam Hebionitarum heresem*. Anota Hidacio seguidamente que Ático estaba empeñado en impulsar (*resuscitabat*) dicha herejía. Es al final de la entrada cuando el cronista da cuenta que las citadas informaciones, las de Germán de Arabia y los orientales, no le aclararon (*referentum sermo non edidit*) en qué momento (*quo uero tempore*) habían fallecido Juan, Jerónimo, y los otros, es decir, los personajes que ya había mencionado (Teófilo, Eulogio, Epifanio), y ni siquiera cuál era el sucesor de Juan y antecesor de Juvenal, aunque sí pudo enterarse de que había habido algún anciano que duró muy poco tiempo, *sicut et fuisse cognitum est in breui seniore quendam*².

Pero Ático de Constantinopla (406–425) no era un hereje, a los ojos, digamos, de la “ortodoxia católica”, a la que Hidacio pertenecía. Era también católico y enfrentado a los considerados desviados o herejes, aunque es cierto que en aquel mismo siglo V Ático tuvo una imagen de cierta tolerancia con respecto a las herejías. Sabemos de su influencia en la corte de Teodosio II, y su política diplomática no exenta de acción para intervenir en áreas como el Ilírico a través de su influencia en disposiciones del propio emperador³. Y en cuanto a Juvenal, fue convocado por Teodosio (II), en realidad, al concilio de Éfeso. El cronista presenta confusiones tanto cronológicas como teológicas, en lo referente en este caso a los ebionitas⁴. En fin, Hidacio anotaba su capacidad para tener contactos con orientales, pero ignoraba que el resultado de dichas informaciones distaba de ser fidedigno.

² Hydat. *Chron.* 97, ed. R. W. Burgess, *The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana*, Oxford, 1993.

³ Sócr. *HE* 7.2, ed. G. C. Hansen, P. Maraval, París, 2007. A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire, 284-602*, Baltimore 1992 (=Oxford, 1964), 889-891.

⁴ Las puntualizaciones a los errores de Hidacio fueron expuestas con contundencia por J. Vilella, “Idacio, un cronista de su tiempo”, *Compostellanum*, 44, 1-2, 1999, 39-54, esp. notas 33-36. El papel de Ático en la restauración de la memoria de Juan Crisóstomo y sus contactos epistolares con Cirilo de Alejandría puede verse en F. Millar, *A Greek Roman Empire. Power and Belief under Theodosius II*, Berkeley, 2006, 228. Sobre la participación de Juvenal las disputas entre Cirilo y Nestorio y el tema del concilio de Éfeso, R. Teja, *La “tragedia” de Éfeso: herejía y poder en la Antigüedad tardía*, Santander, 1995, 72. Sobre los ebionitas, breve síntesis en F. S. Jones, “Ebionites”, en E. Ferguson et al., *Encyclopedia of Early Christianity*, Nueva York, 1990, 287-288.

Y, en cuanto a su interés por lo que habían sido sus referencias sobre el mundo romano y eclesiástico, aquellos grandes personajes que había conocido en su infancia, no obtuvo noticia alguna. En una entrada anterior, por ejemplo, deja claro su desasosiego al respecto: *Alexandrinae ecclesiae post Theofilum qui praesederit ingorauit haec scribens*⁵. Es probable que la nómina de ilustres (Jerónimo, Teófilo, Juan...) formara parte de sus sermones, de sus discursos, de la tradición que él mismo trataría de forjar en torno a su liderazgo en los momentos de cambio que le tocó vivir. Una forja que, hasta cierto punto, puede seguirse en su propia crónica, por descontado, a través de su propia versión interesada.

Como es bien sabido, la crónica de Hidacio es una de las fuentes esenciales para el siglo V. El autor fue obispo (ca. 427–ca. 469) seguramente de *Aquae Flauiae* (actual Chaves, en Portugal), dentro de la provincia tardo-romana de *Gallaecia*. Su posición social tuvo que ser elevada, toda vez que ya de niño viajó hacia la parte oriental del imperio, en la que pudo conocer personalmente nada menos que a Jerónimo, Teófilo de Alejandría, Juan de Jerusalén o Eulogio de Cesarea. Su peripecia vital, parcialmente reconstruible a través de sus propias palabras, incluye una embajada hacia 430-1 al general Aecio, mientras éste se encontraba en las Galias, para defender los intereses de los provinciales de *Gallaecia* en sus conflictos con los suevos. Años más tarde, entrada la década de los cuarenta, Hidacio participará activamente en la defensa de la ortodoxia católica contra maniqueos y priscilianistas del noroeste hispano, en colaboración estrecha con otro obispo, Toribio de Astorga, y con el impulso decidido desde Roma del papa León Magno. Durante el verano de 460, Hidacio fue secuestrado, regresando al ejercicio de su sede episcopal a finales de aquel mismo año. Por el contexto de las últimas entradas de su crónica, que llegan hasta 468/9, y por la mención a su vejez anotada en el prefacio de la obra, suele pensarse que debió de fallecer hacia 469. La impresión que uno obtiene de los pocos datos que podemos manejar es que la vida de Hidacio es similar a la de otros obispos relativamente bien documentados de su época, del siglo V. La construcción de un liderazgo local, las conexiones con otros obispos y las aristocracias de

⁵ Hydat. *Chron.* 53.

la zona, el enfrentamiento o la negociación con los bárbaros, son algunos de los ingredientes habituales de esas biografías. También de la de Hidacio⁶.

Su crónica, en palabras del propio autor, pretendía ser una continuación de las de Eusebio y Jerónimo. De hecho, comenzaba a partir de donde éste había terminado la suya. La primera entrada de la crónica de Hidacio es el nombramiento del hispano Teodosio (*Theodosius natione Spanus*), a la sazón originario de la misma provincia en la que Hidacio vivía, la *Gallaecia*, en concreto de *Cauca* (actual Coca, Segovia). Los límites de *Gallaecia* son complejos de definir, variaron durante el tiempo, y en todo caso por momentos se extendieron ampliamente hacia el Duero y Submeseta norte⁷. Los acontecimientos que el cronista va seleccionando y anotando cubren un período amplio, hasta 468/9. El texto de Hidacio presenta severos problemas de transmisión, que en todo caso depende de un códice de la Deutsche Staatsbibliothek de Berlín, que fue copiado en Trier en la primera mitad del siglo IX. En este trabajo he seguido la edición crítica de Burgess, que difiere de la de Mommsen tanto en grafías como en numeraciones. Es precisamente Burgess quien ha insistido en la necesidad de tener en cuenta que Hidacio bebe de fuentes textuales orientales para algunas etapas de su texto, pero con importantes lagunas, que trata de cubrir con fuentes diversas y, en última instancia, orales. Pero sobre todo ha remarcado el enfoque apocalíptico del cronista, y su creencia en el final del mundo, sobre la base de la circulación de la *Reuelatio Thomae*. Se trataba de un texto apócrifo que contenía una supuesta carta de Cristo a Tomás en la que le precisaba el final del mundo⁸. Por lo tanto, la crónica tiene una fuerte dosis apocalíptica, pesimista, que se va nutriendo de los acontecimientos que el propio Hidacio conoció de primera mano y aquéllos a cuyo conocimiento

⁶ Para la reconstrucción completa y detallada de cuanto sabemos de él, ha de verse J. Vilella, "Idacio".

⁷ Ha de verse P. C. Díaz, "Extremis mundi partibus. Gallaecia tardoantigua: periferia geográfica e integración política", en U. Espinosa, S. Castellanos (eds.), *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad tardía*, Logroño, 2006, 201-216.

⁸ Además de la Introducción a la edición de Burgess ya citada, véase su "Hydatius and the Final Frontier: The Fall of the Roman Empire and the End of the World", en R. Mathisen, H. Sivan (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, 1996, 321-332.

pudo acceder por vía indirecta, pero siempre dentro de la proyección de la imagen del próximo fin del mundo, de la corrupción eclesiástica y de la a su juicio nefasta presencia de los bárbaros, tal y como detalla en el prefacio de la obra⁹.

Hidacio ha dado una especial entidad a la entrada 97 de su crónica, la que recoge la historia que acabo de resumir. He elegido dicha entrada porque lo que quiero intentar explicar brevemente en esta ponencia es cómo desde el extremo occidental del mundo romano tenemos un caso de consciencia de un mundo que se acababa. Que a esa consciencia se añadiera la creencia, como Burgess sostiene, es muy posible. Pero me da la impresión que los hechos que el cronista seleccionó están mostrando una suerte de despedida, un legado, la recopilación de una vivencia de algo que, sobre todo tras el gran desastre de la expedición imperial de 468, ya no tenía solución a ojos de Hidacio. Y, en ese sentido, las escasas informaciones que llegaban desde Oriente no cambiaban en absoluto dicha percepción. En el ejemplo que estamos analizando, el de Hidacio, parece claro que el propio obispo y cronista era reactivo a dicha idea, que le provocaba un enorme desasosiego¹⁰.

Toda vez que tenemos un escaso margen de tiempo para la ponencia y de espacio para el texto, me limito a seleccionar algún ejemplo, al margen del episodio del *sermo* de los orientales ya citado. Que Hidacio tenía errores de bulto sobre el mundo romano oriental es algo que no ha pasado desapercibido a los especialistas. Hace ya tiempo, Thompson, ante la acumulación de datos al respecto, se preguntaba qué sabía realmente Hidacio sobre el imperio romano de Oriente¹¹. Es evidente que existieron tales errores y confusiones. Acaso la entrada 97 sea uno de los más claros ejemplos. En todo caso, que Hidacio quisiera poner por escrito que no pudo averiguar de los orientales las fechas de las muertes de sus ilustres referencias me pa-

⁹ Hydat. *Praef.* 6.

¹⁰ Ha de verse P. C. Díaz, *El reino suevo (411-585)*, Madrid, 2011, 36 y ss.

¹¹ E. A. Thompson, *Romans and Barbarians. The Decline of the Western Empire*, Madison, 1982, 145 ss. En realidad, hay una especie de contradicción entre la insistencia de Hidacio en su ubicación periférica (por ejemplo en su *Praef.*) y las referencias que va incluyendo a contactos externos, en especial la Galia, J. Arce, *Bárbaros y romanos en Hispania, 400-507 A.D.*, Madrid, 2005, 280.

rece que va más allá de un mero error. *Quiso* escribir que no *pudo* saberlo. Consignó, redactó, anotó a sus lectores, público desde luego eclesiástico, monástico, y aristocrático, que ni siquiera él, capaz de informarse a través de enviados orientales, de haberse entrevistado con el mismísimo Aecio en las Galias, había podido averiguar semejantes asuntos.

Para en un momento crucial en la historia de la Hispania romana, y desde luego del mundo que Hidacio vivió, como fue la entrada de suevos, vándalos y alanos en Hispania (*Hispanias ingressi*) en 409, el silencio del cronista sobre la respuesta romana es ilustrativo. A pesar de que otras fuentes mencionan ciertas oposiciones a los bárbaros por parte de tropas articuladas por familiares de la casa imperial teodosiana, Hidacio calla cualquier posible resistencia. Su mirada al Imperio no puede ser más crítica. No hay reacción alguna en su crónica. Probablemente apenas la hubo en la práctica desde el punto de vista de la estrategia imperial, pero ni siquiera los detalles mencionados por Orosio, Sozomeno y Zósimo son siquiera mencionados por Hidacio¹². No es un silencio casual. Quiso, creo, marcar en su crónica que el Imperio no estuvo presente en un momento crucial para sus provincias más occidentales. Porque, entre otras cosas, todo lo que contará en el resto de su crónica estará, en buena medida, mediatizado por la presencia de los bárbaros en suelo imperial romano. De tal modo que el panorama comienza, en la escueta narración hidaciana, a ser presentado con claridad: *Barbari qui in Hispanias ingressi fuerant caede depredantur hostili*. En fin, Hidacio va desmenuzando toda una serie de tópicos de la catástrofe, que probablemente incluyan el sentimiento sincero de la vulnerabilidad de su mundo tradicional, que se ve sacudido por la violencia y lo que él percibe como desastres. En suma, la conclusión que pergeña en su versión es que los bárbaros se repartieron sin ningún problema las provincias hispanas¹³.

Es posible detectar una estrategia en su relato cuando, de manera inmediata a la descripción -no exenta de tópicos- de la calamitosa situación de

¹² Hydat. *Chron.* 34. Los detalles y las fuentes en J. Arce, *Bárbaros y romanos*, 38 ss, así como la probable conexión entre la entrada de los bárbaros en Hispania y las negociaciones y conflictos entre el movimiento de usurpación contra Honorio que había comenzado Constantino III y que se terminó complicando por las ambiciones de sus propios generales.

¹³ Hydat. *Chron.* 38; 40; 41.

Hispania, las siguientes entradas acumulan referencias a las usurpaciones y los problemas internos de un Imperio que no ha aparecido bajo ningún concepto en el caso hispano. La percepción del alejamiento del Imperio con respecto a su mundo local creo que es algo difícil de discutir, a pesar de que por momentos diera paso a entradas con informaciones referentes a la situación general. En realidad, la defensa que recoge su percepción sobre la reacción imperial es solamente la acción armada de los godos de Walia, que intervienen en Hispania para enfrentarse y derrotar, eso sí, sólo a algunos grupos de esos bárbaros¹⁴. A pesar de que se esfuerza en recalcar que los godos entraron en Hispania *Romani nominis causa*, una idea que aparecerá más veces en su crónica, lo cierto es que era evidente para sus lectores que el Imperio no había dado una respuesta efectiva. Algunas campañas de militares romanos en Hispania serán recogidas por el cronista más adelante, pero tales referencias apenas pudieron modificar la percepción que pudieron tener sus lectores de que la respuesta imperial a sus problemas era, cuando menos, leve.

Más aún. La esperanza que parece entrañar la entrada 55, la de la intervención de los godos en el nombre de Roma para enfrentarse a los otros bárbaros, irá quedando desvanecida conforme avance su crónica, en especial a partir de los años cincuenta. Solamente la intervención divina es aducida como agente de esperanza. Es un proceso que naturalmente hundía sus raíces en los propios inicios de la concepción histórica cristiana, y que codificaron en griego Eusebio de Cesarea y en latín Lactancio. En el siglo V la idea se fue extendiendo entre los autores monásticos y eclesiásticos, y en las *Vitae* que se compusieron entre finales de siglo y comienzos del VI (la de Germán de Auxerre por Constancio de Lyon, y, después, las de Severino del Nórico por Eugipio y de Epifanio de Pavia por Ennodio), la proyección de la idea según la cual los hombres de Dios, los hombres santos, y desde luego los obispos y los lugares sagrados por éstos controlados eran los únicos depositarios de la esperanza de los fieles romanos en un mundo de incursiones e instalaciones bárbaras, terminó de cuajar¹⁵. Hidacio deja caer la idea en su relato de la afrenta (no descrita,

¹⁴ Hydat. 55.

¹⁵ S. Castellanos, *En el final de Roma (ca. 455-480). La solución intelectual*, Madrid, 2013.

solamente citada como *iniuria spreuerat*) que el suevo Heremigario causó a la mártir Eulalia. Como es bien sabido, sobre el lugar del enterramiento de la niña, supuestamente martirizada a comienzos del siglo IV, se levantó un mausoleo ya en el mismo siglo IV, y más tarde, avanzado el V, una basílica, que se reformará en el VI. En la estrategia discursiva de Hidacio, la afrenta a la mártir fue vengada por el vándalo Genserico, que se disponía a partir con sus gentes hacia África. Pese a estar convencido de su huida, el suevo Heremigario falleció al precipitarse al río Anas, el Guadiana, aclara el cronista, por la intervención divina, *in flumine Ana diuino brachio precipitatus interiit*. Que la vida tradicional de los romanos en *Gallaecia* se había quebrado absolutamente es algo en lo que Hidacio insiste con frecuencia, aunque algunas referencias son más detalladas, vívidas. Como la que señala que, ante los avances del suevo Hermerico, la verdadera resistencia la habían planteado las comunidades locales de la provincia romana, en concreto aquéllas que lograron mantener las fortificaciones más seguras, *per plebem quae castella tutiora retinebat*¹⁶.

La otra gran cesura, además de las de 409 y 429, viene a partir de 455. El cronista apuntó con rotundidad que para ese año *Vsque ad Valentinianum Theodosi generatio tenuit principatum*¹⁷. El final de la casa teodosiana con el asesinato de Valentiniano III abría un problema de legitimidad, que se añadía a los que, en la práctica, tenía un Imperio occidental que ya no contaba con Aecio, liquidado por el propio emperador el año anterior. El repaso a las referencias que Hidacio dedica con menciones a los emperadores deja entrever su nula confianza en que las cosas fueran a cambiar a mejor. Incluso a pesar de que en ocasiones los visigodos intervengan por orden imperial, como había sucedido con Walia. El caso más claro es la victoria que en octubre de 456 lograron los godos, por orden del emperador Avito, sobre los suevos junto al río Órbigo. La intervención goda bajo mandato imperial, lejos de suponer una ventana a la esperanza en la percepción del

¹⁶ Hydat. *Chron.* 80; 81. Sobre el mausoleo de Eulalia y su evolución constructiva, P. Mateos, *La basílica de Santa Eulalia de Mérida. Arqueología y urbanismo*, Madrid, 1999. Pablo C. Díaz ha marcado con claridad cómo a partir de ese momento existe un giro en la composición que articula Hidacio, giro que coloca a los suevos como principal agente de inestabilidad, P. C. Díaz, *El reino suevo*, 72-73.

¹⁷ Hydat. *Chron.* 156.

cronista, abre una serie de datos que anota sobre la base la violencia con la que los propios godos de Teodorico II se emplearon en el mundo del noroeste al que Hidacio pertenecía. Una vez más, sólo la intervención divina, de nuevo en el foco de culto martirial de Eulalia en Mérida, habría sido un obstáculo insalvable para las acciones godas¹⁸. En fin, el fracaso de la expedición de Antemio contra los vándalos, pese al refuerzo desde Oriente ordenado por León, es algo así como el final de cualquier esperanza de una reacción militar general del imperio. Que el relato concluyera con la acumulación de prodigios y señales extrañas, paranormales, no deja de ser un plan preconcebido para resaltar la angustia que el cronista quería transmitir, y que cerraba en la propia redacción de su prefacio en la vejez¹⁹.

Hidacio vivió un mundo de cambio. Quizás lo que mejor lo ilustre sea la referencia con la que he empezado esta ponencia. Que anotara en su crónica -con una inusual extensión- el contacto con aquellos informantes orientales pudo tener una cierta dosis de exhibición para sus lectores, probablemente monjes, eclesiásticos y algunos *domini* ilustrados. Exponer a su entorno su capacidad de recibir a personajes procedentes de Arabia, como aquel presbítero Germán, y aquellos *graeci*, era una manera de consignar por escrito algo que probablemente Hidacio llevaría haciendo desde que el evento se produjo, a mediados de los años treinta. Tres décadas después, ya anciano, lo anotó con extensión en su crónica. Las informaciones que pudo recoger sobre Juvenal, Teodosio, Ático, lo sabemos, son confusas, erróneas incluso en algún caso. Pero lo realmente sustancial para Hidacio era saber cómo habían evolucionado sus referencias romanas, los grandes líderes episcopales o ascéticos a los que él conoció en su niñez. Tal y como refleja en su prefacio, cargado de pesimismo, del sentimiento de la llegada no tanto al final de una vida sino de un mundo, toda su crónica es un traspunto del sentimiento del fin de la romanidad. Que para un eclesiástico como él, comprometido con los asuntos políticos, diplomáticos, y desde

¹⁸ Hydat. *Chron.* 166 (Órbigo); 167 (saqueos y destrucciones en Braga por los godos); 175 (Mérida); 179 (ataques godos a enclaves hispanorromanos del noroeste).

¹⁹ Sobre el cierre de la crónica con prodigios y señales como plan preconcebido, debe verse P. C. Díaz, *El reino suevo*, 100. Sobre el impacto de la gran derrota de 468 en la intelectualidad occidental, me he ocupado en *En el final de Roma*.

luego teológicos, agente contra herejes, aquellos orientales no hubieran podido decirle absolutamente nada sobre sus ilustres referencias debió de ser muy impactante. Comprobar que aquellos tipos, que venían del otro extremo de la romanidad, no supieran *nada* sobre la muerte de tan ilustres personajes debió de ser un argumento más en el enfoque general que del fin del mundo se estaba forjando el cronista. Enfoque que, en su vejez, tres décadas después, sintetizó en el prefacio de la obra.